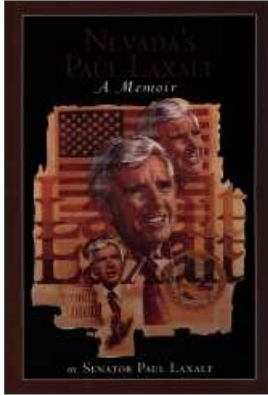


Por ello, y como conclusión, en este libro homenaje queda patente el trabajo y personalidad del Dr. Justo Gárate y Arriola, la ardua y fecunda labor investigadora del vasco ilustre, del viajero inagotable, del pensador humanista, del modelo de libre pensamiento y juicio crítico. En suma, este volumen resulta un homenaje a la cultura, a la diáspora vasca, al propio autor y a su familia.

Begoña Sarrionandia Gurtubay



LAXALT, Paul

Nevada's Paul Laxalt. A Memoir

Reno, Nevada : Jack Bacon & Company, 2000. - 393 p.

- ISBN: 0-930083-09-1

El libro de memorias escrito por el senador estadounidense Paul Laxalt narra la historia del hijo de aquel pastor vasco que acabó convirtiéndose en una de las personalidades políticas más influyentes de la nación durante el mandato del presidente Reagan (1980-1988). Es, también, un canto al modelo de vida de aquel país, visto por una persona de ideas profundamente conservadoras, como remarca con orgullo el autor en repetidas ocasiones. El último párrafo del libro es revelador: "Lo que ha ocurrido con los Laxalt ilustra a la perfección por qué se conoce a Estados Unidos como *la tierra de la oportunidad*. Con su duro trabajo y perseverancia, nuestros padres abrieron la puerta de esta oportunidad a cada uno de sus hijos, quienes han sabido triunfar, sin excepción, no sólo en sus esfuerzos sino, y esto es más importante, en sus vidas como ciudadanos de la *Dulce tierra prometida*" (pág 393).

Quienes nos hemos interesado por las andanzas de los vascos emigrados en aquellas zonas conocíamos de forma sobrada a los Laxalt. Su padre, oriundo de Tardets, había marchado a principios de siglo en busca de mejor fortuna al oeste americano, acompañado de varios hermanos. Y la suerte le sonrió porque sus esfuerzos se vieron compensados al cabo de los años. Aun cuando su vida transcurrió en los montes cuidando ovejas, porque 'era pastor y la montaña su hogar', amasó una fortuna importante, supo criar una gran familia y aseguró el futuro de sus descendientes. Y éstos se han ocupado de contar su propia historia. Precisamente, Robert Laxalt (1923-2001), el hermano del senador, escribió en 1957 una magnífica novela, *Sweet Promised Land*, en donde narra con sencillez y enorme fuerza la vida de su padre, el pastor zuberotarra, una persona de indudable atractivo. La hija de Robert, Monique Urza, publicó en 1993 una novela de corte intimista (*The Deep Blue Memory*), en donde abundan también los detalles autobiográficos. Es la historia contada por la tercera generación de quienes siguen todavía adorando a los abuelos. Y ahora aparecen estas memorias, para recordarnos la vida política del Laxalt más conocido.

Laxalt podía haber escrito estas líneas hace muchos años, cuando se retiró del Senado y Reagan desapareció de la presidencia. No le faltaron ofertas entonces. Pero

ha preferido hacerlo ahora porque, en su opinión, las editoriales estaban entonces más interesadas en que Laxalt contase cosas sobre Reagan el ex presidente, que no sobre su propia vida. Así que ha esperado y ha publicado en una editorial ‘de provincias’ –diríamos aquí–, con una tirada limitada, además, a sólo 5.000 ejemplares.

Estructura de la obra. La crónica

La historia de su vida política está narrada de acuerdo a los cánones más ortodoxos: en primera persona, y con una linealidad cronológica sin concesiones. Es la crónica de su vida política. El libro consta de 22 capítulos que arrancan con su niñez en Carson City, la capital de Nevada. El instituto, la universidad, sus meses en el ejército durante la segunda guerra mundial, la postguerra y sus primeros servicios en la política como fiscal de distrito, elegido en votación popular. Tras algunos años de duda y retirado a sus trabajos como abogado, fue elegido Ayudante del Gobernador (Lieutenant Governor) y con posterioridad, en 1967, Gobernador del estado de Nevada, el cargo político más importante en el estado. A partir de 1974 fue elegido senador republicano en Washington, de modo que su sombra se fue alargando con el paso de los años.

Cuando Reagan decide probar suerte y presentar su nominación como candidato presidencial en nombre del partido republicano, Laxalt se convierte en el responsable principal de su campaña, aun cuando para ello debió de enfrentarse contra un presidente republicano en activo, Gerald Ford, un experimento que no suele ser muy recomendable en política, y menos en la política de Estados Unidos. Pero parece ser que Ford no quiso pasarle factura (pág 305), aunque sería más exacto decir que no pudo hacerlo tampoco, porque en la elección presidencial fue derrotado por el demócrata Carter. Años más tarde, el senador Laxalt supo conducir con habilidad las dos campañas que llevaron a Ronald Reagan a la presidencia de la nación. Ambos, Reagan y Laxalt, eran viejos conocidos y amigos desde los tiempos en que eran gobernadores de Estados vecinos, uno en California y otro en Nevada.

La vida política del senador sigue ciclos repetitivos: cargo público y retirada a la vida privada, en lugar de optar a otro cargo público más importante. De nuevo cargo público superior y nueva retirada. Aunque le insistan para que se presente a determinado cargo, de manera sistemática se niega a ello: “no estoy cualificado, no tengo experiencia en campañas nacionales”, le respondió a Reagan la primera vez que éste le propuso dirigir su campaña electoral (pág. 288). Aunque al final, como en otras ocasiones, acabó aceptando la oferta. La misma historia se repite una y otra vez: como ayudante de gobernador, como gobernador o como senador, cargo del que se retira también muy temprano. Aunque en ocasiones las cosas no le salieron como esperaba, tuvo en general una vida plagada de éxitos políticos, según se deduce del libro. Quizás, la mancha final y el fracaso de un proyecto del que él mismo tampoco parece nada convencido: una vez más, retirado como estaba de la política activa, presentó su candidatura a la presidencia de los EEUU cuando Reagan cumplió su segundo mandato. Llama la atención que Reagan, su amigo y deudor durante años, prefiriese a Bush, entonces vicepresidente, como candidato a la presidencia (pág. 374). Laxalt supo retirarse a tiempo.

Por lo que se indica en esas largas páginas, Paul Laxalt tuvo una enorme influencia en la era Reagan, aun cuando pudiera parecer que sus cargos políticos oficiales no eran exactamente los más importantes vistos desde el exterior. Es cierto que fue, porque así lo decidió él mismo, el responsable del partido republicano, el Chairman, pero prefirió mantenerse siempre a la sombra, proponiendo nombres (296, 313,

317, etc.) y supongo que, aunque esto no aparece en el libro, quitando también algunos de la lista. Las puertas de la Casa Blanca estaban siempre abiertas para quien era conocido como el 'First Friend', el *Amiguísimo* (pág. 322). Su cercanía con los inquilinos, tanto con Ronald Reagan como con Nancy, era evidente y el presidente recurría, siempre que tenía dificultades, a los consejos del hijo del pastor Dominique. Aparece en numerosos pasajes de su historia, aunque quizás es muy revelador lo que sucede en los minutos siguientes al atentado que sufrió el presidente. Paul Laxalt estuvo en esos momentos en el círculo de las dos o tres personas que tuvieron acceso en todo momento al primer mandatario herido.

Esta estructura lineal de la obra ayuda al lector, por cuanto que a veces uno tiene la impresión de estar leyendo el periódico. Proporciona datos sobre cuestiones que en su día encontraron mucho hueco en la prensa, aunque vistos ahora desde dentro, desde el político que tiene unas responsabilidades directas en la toma de muchas decisiones que afectaban no sólo a la política interna de los EEUU sino a todo el mundo, cobran mayor interés.

Luces y sombras

Sin embargo, quien se ha asomado a la vida de los Laxalt desde la perspectiva de otros familiares, me refiero a Robert y a Monique, se asombrará de la frialdad y de las distancias que marca este libro. Porque nos encontramos, por encima de todo, ante un libro frío y aséptico, en mi opinión. Es cierto, como comentaba, que recuerda a una narración periodística, pero parece una narración contada por quien no es protagonista directo. ¡Qué forma más distinta de tratar al patriarca de la familia por parte del político (el senador Laxalt) o por parte del profesor (el escritor Robert)! Paul no consigue transmitir casi en ningún momento al lector esa cercanía tan necesaria en un libro de estas características y se mantiene en todo momento lejano en la distancia, al menos con el lector de este lado del Atlántico. Incluso los episodios más cercanos, como pueda ser el de la ruptura con su mujer, después de haber criado a seis hijos, son descritos con una asepsia que a veces asusta. Por esa razón, si bien la linealidad ayuda al lector, las casi cuatrocientas páginas de que consta la obra se vuelven un poco pesadas para quien no tenga un interés específico en saber qué es lo que ocurrió en EEUU durante esos años.

Es cierto que hay bastantes anécdotas. Algunas de ellas, incluso, podrían tener algo de gracia, como aquella que narra cómo salió una noche en una avioneta que no tenía gasolina y el piloto tuvo que amerizar de mala manera y con riesgo para sus vidas en la bahía de San Francisco (pág 220). Tienen también interés las referencias a Las Vegas, el FBI y el juego, como parte de la historia de Nevada. Pero en el conjunto del libro, y por el estilo elegido, el anecdotario que pudo ser pierde su fuerza potencial. Es, con razón, un libro escrito por el Senador Laxalt, no por el ciudadano Paul Laxalt.

La vida política de Laxalt tuvo repercusiones en la familia, en el conjunto de la familia Laxalt. Algunas de ellas fueron de gravedad incluso, si las notas noveladas de su sobrina Monique hacen referencia, aunque sea velada, a sucesos autobiográficos tal como fueron vívidos por una parte de la familia. Como el suicidio de una antigua cuñada, o como las relaciones con su hermano 'el escritor' –así lo llama él, quiero entender que con cariño–, con quien parece ser mantuvo unas relaciones en ocasiones demasiado tensas. Las memorias pasan de puntillas sobre estas cuestiones, que son solventadas con declaraciones de amor no muy creíbles por parte del autor. Paul Laxalt reparte intenciones de aprecio personal de manera excesivamente repetitiva y demasiado recurrente: con muy pocas excepciones, nos recuerda una y otra

vez cuánto aprecia a éste o aquel, qué gran estima tiene por este político o por aquel ayudante, etc. Todos los que han tenido relaciones con él, sean republicanos o demócratas, son tratados por sistema de manera políticamente correcta, con sospechoso aprecio y superficial respeto. Lo cual resta algo de credibilidad al libro. Porque, claro, todos somos humanos, y quizás los políticos, aunque a veces se consideren divinos, son más humanos que el resto de los humanos, como nos lo demuestran cada día. A mi entender, este trato hacia los colegas, cuando sabemos que la mayoría de ellos no hacen sino afilar cada día sus dagas debajo del pupitre, es superficial e interesado, y denota una personalidad 'política', con el sentido que solemos dar a esa palabra en determinados contextos. O, a lo mejor, y creo que esto sería peor, es que se cree a pies juntillas lo que afirma.

Porque esta es otra característica del senador Laxalt que el libro deja al descubierto: la extraordinaria simpleza de su pensamiento político. A lo largo de su vida política, solamente en su candidatura a gobernador de Nevada aparece un programa concreto en el que aparecen propuestas novedosas relacionadas con los impuestos, la participación de las grandes corporaciones en el negocio de los casinos, la protección del Lago Tahoe, la creación del sistema de universidades municipales (las llamadas 'Community Colleges') y algunas reformas relacionadas con el sistema de prisiones.

Por lo demás, estamos ante un profundo conservador, un hombre de la derecha rancia, que apenas transmite ideas, aunque a veces muestre cierta audacia política. Apadrinado por Barry Goldwater, antiguo aspirante a la presidencia, tuvo la enorme fortuna de sentarse a su lado en el Senado. Laxalt lo admiraba por tres razones, poco relacionadas con cuestiones ideológicas: "Provenía del oeste, era valiente y era conservador" (pág. 201). ¿Por qué apoya en determinado momento la candidatura de Reagan frente a la del propio presidente Ford? Uno podría pensar que la elección es el resultado responsable de un debate sobre ideas, más que sobre personas. Sin embargo, no existe nada de eso y la razón es mucho más simple: "Cuanto más tiempo pasaba en Washington, más me sentía atraído por Ron Reagan, no solamente por la forma en que era capaz de desenvolverse en situaciones difíciles y por sus magníficas cualidades como persona, sino también porque encarnaba todo aquello que yo consideraba importante para la presidencia". Pero una vez dicho esto, lo importante para la presidencia queda reducido a una frase: "Aunque a mí me gustaba el Presidente Ford, y lo respetaba, creía que el país, en particular después del Watergate, necesitaba nueva sangre y perspectivas frescas" (pág. 286). Y así es como se instaló en el poder una derecha menos vergonzosa.

Lo que preocupa de esta simpleza, es que lo va aplicando también en el plano de las relaciones internacionales. Desde Europa nos resulta difícil imaginar que los norteamericanos se tomasen en serio en su política diaria aquello que afirmaban en los discursos, pero parece que era así: Rusia y el comunismo son la encarnación del mal, por lo que en cualquier momento están dispuestos a atacar a los Estados Unidos, la dulce tierra prometida. No hay debate ideológico ni estratégico: lo único que hay que discutir es si los antimisiles se deben desplegar en silos ocultos del desierto de Nevada, en lanzaderas móviles o deben anclarse con disimulo cada cincuenta metros mejor que cada 600, porque la amenaza es imponente. Este planteamiento, que se nos antoja de un infantilismo preocupante, es el que prima en las relaciones que establecen los amos del universo. Da lo mismo que se trate de los dirigentes rusos, de Israel, de la situación con el Shah de Persia, del gobierno del general Torrijos o de los insurgentes contra Marcos en Filipinas. Laxalt participó en misiones de alto voltaje en diversas partes del mundo, como enviado especial del presidente. Y allí donde iba, esta es la doctrina que aplicaba. De este modo vio a

Breznev: “Sus manos eran grandes y toscas, similares a las de los duros mineros de Nevada a quienes yo representaba. Sus ojos, duros y fríos. Podía haber sido un buen vigilante en Alcatraz. Con mis años de práctica en Nevada, intenté adivinar pruebas de vodka, pero no las encontré” (pág. 260). Así que sólo le faltó oír el exabrupto que soltó el camarada soviético a la delegación norteamericana un poco más tarde, para reafirmarse en sus convicciones: “¿No se dan cuenta ustedes que tengo la posibilidad de destruir toda su nación en 20 minutos?”. Años después, una vez retirado de la política, y contratado por una de las firmas de abogados más importantes de EEUU, abandonó la misma porque, entre otras razones poderosas, la compañía había decidido representar al gobierno ‘comunista’ de Angola (pág. 383). Genio y figura, que solamente la inocencia abandona.

Alguien en EEUU estaba negociando el tema de los rehenes presos en la embajada en Irán: se trataba de vender armas a los clérigos iraníes y destinar ese dinero a la ‘contra’ en Nicaragua. A cambio, los rehenes serían liberados. De esa forma se mataban dos pájaros de un tiro. Reagan sostuvo durante meses que él desconocía la operación, aunque parece evidente que algo así es difícil de hacer si lo desconoce un presidente que no tuvo reparos en despedir a todos los controladores aéreos a las primeras de cambio. Al final, después de las correspondientes investigaciones, tuvo que admitirlo, aunque fuera con frases florentinas: “Hace algunos meses dije al pueblo americano que yo no cambiaba rehenes por armas. Mi corazón y mis intenciones me dicen todavía hoy que esa afirmación es cierta, pero los hechos y las pruebas me indican lo contrario” (pág. 350). Algo mucho más liviano y personal le costó años más tarde un verdadero proceso inquisitorial al presidente Clinton. Sin embargo, en opinión de Laxalt, Reagan sorteó con habilidad los obstáculos: “Un presidente con menor credibilidad ante el pueblo habría sido destruido”.

Este era, en fin, el mundo en el que el senador Laxalt se encontraba cómodo. Ese es el mundo que nos describe con cierto detalle, con la esperanza de hacer partícipe al lector de las preocupaciones que ocuparon largos años de su vida. Pero no veo fácil que lo consiga. Es cierto que en el libro, de dudosa calidad literaria, aparecen muchas cuestiones que merecen un análisis más detallado y que tienen gran interés para el lector europeo, porque iluminan aspectos peculiares de la sociedad norteamericana: las relaciones entre el sector público y el sector privado; los sistemas utilizados en aquel país para captar dinero para las causas más sorprendentes (para montar una campaña presidencial o para hacer frente a los gastos derivados de una denuncia personal contra una cadena de periódicos); el apoyo económico inesperado que reciben los políticos por parte de algunos excéntricos magnates como Howard Hughes, etc.

Quien lea esta obra influenciado por el buen sabor de boca dejado por los trabajos previos de Robert Laxalt o con el ánimo de encontrar información menos velada sobre episodios familiares narrados con seguridad por Monique Urza se sentirá decepcionado. Hallará en su lugar información política de primera mano, aunque limitada, sobre el sistema político norteamericano y sobre la era Reagan, de interés también en este lado, sin duda alguna, para políticos y politólogos. Quien quiera informarse de la aventura vivida por el hijo de un pastor vasco integrado en la sociedad norteamericana, sorprendentemente derechista, que deja el paisaje espectacular y árido de Nevada para trasladar su residencia a Washington en primer lugar, y a una magnífica casa en los bosques de Virginia más tarde, en el atardecer de su vida, también encontrará inspiración en estas páginas. Lástima que necesite del calor de las dos chimeneas que adornan la sala de estar del senador para poder llegar hasta la última línea.

Pello Salaburu Etxeberria